

JERUSALÉN, CIUDAD ABIERTA A TODOS LOS PUEBLOS

FRANCISCO CONTRERAS MOLINA
FACULTAD DE TEOLOGÍA
GRANADA

INTRODUCCIÓN

Corremos el peligro de perdernos entre los árboles y no ver el bosque, o la arboleda, que crece junto al río de la vida, que brota en la nueva Jerusalén; estamos a punto de extraviarnos entre las incontables calles que vertebran una ciudad inmensa, de muros altos y dilatada extensión. Hasta 622 veces aparece registrado el nombre de Jerusalén en la Biblia. Ante tal cúmulo de frecuencias de todo tipo, hemos de buscar con urgencia la orientación.

Este tema no es ocasional ni episódico, entra de lleno en la historia de la salvación. Alguien nos concede la visión de conjunto que necesitamos. El autor de la carta a los Hebreos ofrece, en su denso capítulo once, una panorámica de nuestra historia de la salvación desde la fe, garantía de lo que se espera y prueba de las realidades que no se ven (11,1). Por la fe fue creado el mundo y por la fe nuestros mayores vivieron y esperaron. Así recordamos a Abel, Henoc, Noé. ¿Cuál es el empuje de esta historia, la palanca que la ha movilizado? No sólo la fuerza de la tierra, sino la esperanza en una ciudad. El autor se detiene de manera señalada en Abrahán:

Por la fe, Abrahán, al ser llamado por Dios, obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba. Por la fe, peregrinó hacia la Tierra prometida como extranjero, habitando en tiendas, lo mismo que Isaac y Jacob, coherederos de las mismas promesas. Pues esperaba la ciudad asentada sobre cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios (ἐξεδέχετο ἄρ τὴν τοὺς θεμελίουσ ἔχουσαν πόλιν ἧς τεχνίτης καὶ δημιουργὸς ὁ θεός: Hb 11,8-11).

Esta ciudad, cuyo arquitecto y constructor es Dios, se refiere a la ciudad de la nueva Jerusalén. Unos versos más adelante el autor la identifica:

Vosotros, en cambio, os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad de Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a miríadas de ángeles, reunión solemne y asamblea de los primogénitos inscritos en los cielos, y a Dios, juez universal, y a los espíritus de los justos llegados ya a su consumación, y a Jesús, mediador de una nueva Alianza, y a la aspersión purificadora de una sangre que habla mejor que la de Abel (12, 22-24).

Representa la meta hacia donde se dirigía la errante caravana de los pueblos, los hijos de Abrahán, que han encontrado en Jesús su cabeza de fila, el que inicia y consume nuestra fe (12,12).

El camino, rumbo a la nueva Jerusalén, no ha sido en el pasado ni es tristemente en la actualidad ni recto ni pacífico. Los hijos de Abrahán con frecuencia se han enemistado y combatido entre ellos con motivo —dolorosas paradojas de la historia—, de lo que más les debía unir: su destino y su patria. La misma casa ha visto rencillas. Karl-Josef Kuschel ha escrito documentadas páginas sobre la discordia en la casa de Abrahán. Lo que separa y lo que une a los pueblos: judíos, cristianos y musulmanes.

Queremos con la presentación de la nueva Jerusalén recobrar la visión de lo que nos espera, como el peregrino que marcha extraviado por una senda tortuosa del desierto y columbra en el horizonte la meta, el oasis —no un espejismo— y se anima. Animarnos a la reconciliación entre todos los pueblos, pues somos hijos de Abrahán, judíos, cristianos y musulmanes, herederos de una promesa y de una bendición¹.

Dos partes contiene nuestro tema o, más acorde con lo que estamos haciendo, dos etapas jalonan nuestra peregrinación. La primera se centra principalmente, aunque no de manera exclusiva en el AT. La segunda parte recoge estas esperanzas, y las culmina de manera admirable. Presentamos la visión de la nueva Jerusalén en el Apocalipsis, meta de todos los pueblos².

¹K.-J. KUSCHEL, *Discordia en la casa de Abraham. Lo que separa y lo que une a judíos cristianos y musulmanes* (Estella 1996). Véase también, M. PÉREZ FERNÁNDEZ, "La tradición targúmica de Agar e Ismael": *MEAH* 49 (2000) 87-103.

² Puede consultarse J. GONZÁLEZ ECHEGARAY, *Pisando tus umbrales, Jerusalén. Historia antigua de la ciudad* (Estella 2005). Aquí están consignadas, de manera sistemática y diacrónica, las vicisitudes históricas de la ciudad, desde su fundación hasta la época más reciente, incluyendo su configuración y arqueología. Sólo alguien residente durante mucho tiempo en la ciudad, y célebre arqueólogo bíblico lo podía ejecutar con tan notable maestría. Permítaseme añadir que no es una simple cita, al pie de página, sino un recuerdo de un amigo y maestro. Se destaca esta bibliografía selecta: AA.VV., *Jérusalem, l'Unique et l'Universelle* (Paris 1979); AA.VV., *Gerusalemme. Atti della XXV Settimana biblica* (Brescia 1982); AA.VV., *La Gerusalem-*

I. JERUSALÉN, LUGAR TEOLÓGICO. PANORÁMICA DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Hay tres momentos decisivos. No los inventamos. Ni elucubramos sobre ellos. Están ya puestos en orden por el devenir mismo de la historia de la salvación. Al ritmo de estos acontecimientos nos atenemos y nos movemos: 1) Jerusalén, misterio de elección de Dios; 2) misterio de iniquidad; 3) ciudad abierta a todos los pueblos

1. *Jerusalén, misterio de elección de Dios*

Jerusalén representa un misterio de la iniciativa de Dios. El salmo 132 así lo reconoce: “Ésta es mi mansión por siempre, aquí viviré, porque lo deseo” (Sal 132,13-14). La elección de Jerusalén entra en las categorías bíblicas de la vocación divina, quien se fija en la pequeñez de sus llamados y los transforma por el poder de su gracia. A David, un pastor que andaba detrás de las ovejas (2 S 7,8), el Señor lo elige como jefe y rey. A una insignificante ciudadela Dios la erige en la gran ciudad. Jerusalén comienza a ser importante en la historia de la salvación, en torno al año 1000 a. C., cuando David conquista esta fortaleza a los jebuseos y le otorga el nombre de *Ciudad de David* (2 S 5,6-8).

Sorprende el hecho paradójico de que siendo Jerusalén uno de los ejes en torno al cual se mueve el Antiguo Testamento, esté, por otra parte, desligada en buena medida de los grandes acontecimientos que jalonan la llamada Historia de la Salvación³.

me Celeste (Milano 1983); Y. CONGAR, *El misterio del templo* (Estella 1967); J.-M. LAMBERT, *Jérusalem* (Paris 1957); A. ELON, *Gerusalemme, città di specchi* (Milano 1990); S. GAROFALO, “Jerusalén/Sión”, en: P. ROSSANO-G. RAVASI-A. GIRLANDA (dir.), *Nuevo Diccionario de teología Bíblica* (Madrid 1990) 848-864; J. GONZÁLEZ ECHEGARAY – J. M. SÁNCHEZ CARO (eds.), “Jerusalén”: *Reseña bíblica* 8 (1995) 1-72; M. J. LAMBERT – P. M. GALOPIN, “Jerusalén”, en: X. LÉON-DUFOUR (ed.), *Vocabulario de teología bíblica* (Barcelona 1976) 434-439; D. MAERTENS, *Jérusalem, cité de Dieu* (Bruges 1954); C. M. MARTINI, *Hacia Jerusalén* (Barcelona 2003); L. RAMLOT, “Jerusalén”, en: *Enciclopedia de la Biblia* IV (Barcelona 1963) 428-447; E. OTTO, *Jerusalem. Die Geschichte der Heiligen Stadt* (Stuttgart 1980); M. POORTHUIS – CH. SAFRAI (eds.), *The Centrality of Jerusalem* (Kampen 1996); N. W. PORTEOUS, *Jerusalem-Zion: The Growth of a Symbol*, en: *Verbannung und Heimkehr* (Fs. W. Rudolph) (Tübingen 1961) 235-252; K. L. SCHMIDT, “Jerusalem als Urbild und Abbild”: *ErJb* 18 (1950) 207-248. Merece la pena, por su original planteamiento y acaba confección, la más reciente obra: A. VALDÉS, *La nueva Jerusalén, ¿ciudad celeste o ciudad terrestre? Estudio exegético y teológico de Ap 21, 1-8* (Estella 2006).

³ GONZÁLEZ ECHEGARAY, *Pisando tus umbrales*, 17.

Lo mismo puede decirse de los nombre de Absalón y Salomón en relación con la palabra *šālôm*, paz. Hay en algunos pasajes bíblicos interés en jugar con el nombre de Salomón con la palabra paz (1 Cro 22.9; 29,19; 1 R 5,4)⁴ Wutz en su *Onomastica Sacra*, y Alonso Schökel-Struss se han referido al nombre de Jerusalén como ciudad de la paz.

2. Jerusalén, misterio de iniquidad

Pero la iniciativa de Dios choca con la ingratitud. Jerusalén no ha respondido a la predilección de Dios. Sus pecados se han acumulado. Ha sido infiel a su nombre y constituye una afrenta a su vocación: *omen nomen*. Su nombre es ya ominoso, abominable, vitando. Los profetas han juzgado con dureza este comportamiento desleal. He aquí algunos ecos dolorosos de la voz de los profetas.

Subir a Jerusalén era expresión técnica, en sentido geográfico y teológico. La expresión se ha pervertido. Isaías 1,21-26 registra esta subversión del lenguaje. Ya no se sube a Jerusalén, sino hacia una prostituta. La ciudad se ha convertido en prostituta (la *`ir* en *zonah*). ¡Cómo se ha prostituido la ciudad fiel! Ya no se busca la paz, *šālôm*, sino *šalmonîm* —regalos, sobornos— (v. 23). La justicia se ha depravado. Isaías cinco describe la amarga historia de una decepción, tan amarga como las uvas agraces que dio una viña predilecta especialmente cultivada y preparada por el Señor.

Jeremías dibuja en su capítulo 6 el lamentable trueque de la ciudad de Jerusalén. Los pastores (*ro`îm*), han mudado su acción de pastoreo en injusticia y violencia (*ra`ah*). Este contraste configura la unidad temática de todo el capítulo. Los pastores, sus jefes políticos, sus sacerdotes, sus dirigentes, y sus guías, hacen lo contrario de lo que su nombre señala: la guerra. En el verso 14 el profeta denuncia que la ciudad de Jerusalén ha perdido su sello de distinción. La que debía ser ciudad de paz es ahora “*ên šālôm*”, ciudad en donde no hay paz. Por eso se anuncia su destrucción (v.8). Los *ro`îm* se han hecho *ra`îm*.

Los profetas han señalado el rebelde comportamiento de Jerusalén. Ha cambiado la gloria de Dios por otras divinidades que no sirven para nada (Jr 3,11). La ciudad que tenía que ser santa es apóstata (3,6). El pueblo es necio y no tiene corazón (Jr 5,1-2.21). Dios se enfrenta a la ciudad violenta,

⁴ La ciudad ha sido asociada a la justicia y a la paz. Cf. T. MAERTENS, *Jérusalem cité de Dieu* (Bruges 1954). Más recientemente A. SPREAFICO, “Gerusalemme, città di pace e di giustizia”, en: AA.VV., *Gerusalemme. Atti della XXV Settimana biblica* (Brescia 1982) 81-98.

sanguinaria e impura (Is 4,4; Ez 7,23; 22,4; So 3,1) hará de ella una perpetua ignominia y una perenne vergüenza (Jr 23,39). Jerusalén sabrá que se cumplen las palabras de desgracia, que no de ventura (Jr 39,16). Sufrirá los más terribles castigos (Ez 14,2). La grandeza de Jerusalén no impedirá la destrucción que se abatirá sobre ella. Un buen número de oráculos (2 R 23,27), de acciones simbólicas (Ez 4-5) y de visiones (8-11) anuncian el rechazo y la destrucción de la ciudad escogida por Dios.

En el año 587 Jerusalén fue devastada, incendiada, las murallas derribadas, la población deportada (2 R 25,1-21). Así es vista la ruina de la ciudad y del templo, con el consiguiente destierro. Así lo anuncia el profeta Jeremías: “Muchas gentes pasarán a la vera de esta ciudad y dirán cada cual a su prójimo: ¿Por qué ha hecho el Señor semejante cosa a esta gran ciudad? Y les dirán: Es porque dejaron la alianza de su Dios, y adoraron a otros dioses y les sirvieron” (Jr 22,8-9).

La ciudad de Jerusalén, símbolo de la iniquidad, recorre las páginas de la Biblia, llega hasta Jesús, el peregrino, quien también se acerca a Jerusalén. Al comienzo de la sección del camino, columna vertebral de todo el evangelio de Lucas, Jesús endurece su rostro como el pedernal, y se afianza en su decisión de subir a Jerusalén (Lc 9, 51). Camina resuelto hacia Jerusalén, se adelanta a sus discípulos. Hace suyos los versos iniciales del salmo 122: “¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor!”. Pero su alegría se muda en llanto.

3. *Apertura al futuro. Jerusalén, ciudad abierta a los pueblos*

Pero Dios no persiste ni se eterniza en su ira. Apresura con su misericordia el cambio de conducta. Dios va a levantar una nueva ciudad sobre aquel montón de ruinas, reliquias mudas de la ingratitud del pueblo a la predilección de Dios. De nuevo el misterio de la gracia es más grande que el misterio de la iniquidad.

Dios va a hablar al corazón de Jerusalén (Is 40,1-2), la va a reconstruir de nuevo (Za 1,14-17; 2,6). Jerusalén restaurada se erige en uno de los grandes símbolos de la salvación escatológica. He aquí algunas de sus más preciadas cualidades: ciudad “iluminada por el Señor” (Is 60,19-20), dotada de un “nombre nuevo” y convertida otra vez en esposa de Dios (Is 54,1-8; 62,2-5); paraíso encontrado a causa de la llegada de unos cielos nuevos y una tierra nueva (Is 65,17-25; 66,20-23). La ciudad se convierte en un espacio esencialmente cultural (Ez 40-48), el centro de un mundo creado de nuevo (Za 14,16-17).

Dentro de las maravillas que Dios va a realizar es ésta, sin duda, la más sobresaliente: Jerusalén ya no se mira a sí misma, sino al mundo, a las naciones. Se transfigura; sus dimensiones no son ya topográficas, sino ideales. Se convierte en la atracción de todos los pueblos.

Se destaca el profeta Isaías. En primer lugar Isaías 2, 1-4. La visión se proyecta hacia un futuro lejano e un oráculo de restauración escatológica. Frente a Babel, monte y torre de confusión, se alza por encima de todos los montes, el monte de la casa del Señor. Se erige en centro de atracción —ya no de dispersión como Babel—, tira de las naciones, que acuden como un río en un confluir incesante. La Palabra del Señor es la fuerza poderosa que atrae. Se instaura una nueva época de paz, y se asiste a un desarme universal. Los habituales instrumentos de la guerra se transforman en herramientas. De las espadas forjarán arados y de las lanzas podaderas. Y Jerusalén es fiel a su nombre: se convierte en ciudad de paz activa. Las naciones a ella acuden en son de y en búsqueda de paz.

Visión de Isaías, hijo de Amós, cerca de Judá y de Jerusalén:
 Al final de los tiempos estará firme el monte de la casa del Señor,
 descollando entre los montes, encumbrado sobre las montañas.
 Hacia él confluirán las naciones,
 caminarán pueblos numerosos.
 Dirán: Venid, subamos al monte del Señor,
 a la casa del Dios de Jacob:
 él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas,
 porque de Sión saldrá la ley; de Jerusalén, la palabra del Señor.
 Será el árbitro de las naciones, el juez de pueblos numerosos.
 De las espadas forjarán arados; de las lanzas podaderas.

Resuena la llamada del Señor para atraer a todos sus hijos. Llama a su pueblo disperso por todos los rincones. Manda con autoridad a los confines, como vientos.

No temas, que contigo estoy yo;
 desde oriente traeré a tu estirpe, desde occidente te reuniré.
 Diré al Norte: entrégalo; al Sur: no lo retengas;
 tráeme a mis hijos de lejos y a mis hijas del confín de la tierra (Is 43,5-6)

Son múltiples los pasajes sobre la gloria de Jerusalén, meta de todos los pueblos, que recorren los capítulos del deuterolsaías y tritolsaías.

El profeta describe la peregrinación de las naciones, hasta ahora sumidas en lóbrega oscuridad. Hay una noche densa y tiniebla universales por doquier. En medio aparece la gloria del Señor, su aurora, la *Šekiná*. Un vigía da el grito de victoria. Entonces Jerusalén se yergue como la luz sobre las tinieblas, se convierte en faro que ilumina. Las naciones se ponen en camino

hechizadas por este brillo. Se afirma el volumen de la caravana universal: pueblos y reyes. El centinela avisa otra vez a la ciudad de Jerusalén para que contemple jubilosa, con el corazón ensanchado, la llegada de sus hijos e hijas, con toda la riqueza del mar y de los pueblos. Jerusalén se convierte en madre de los pueblos. Escuchemos algunas estrofas del canto del centinela que despierta de las sombras a Jerusalén:

¡Levántate, brilla, que llega tu luz;
la gloria del Señor amanece sobre ti!
Mira: las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos;
pero sobre ti amanecerá el Señor, su gloria aparecerá sobre ti;
y acudirán los pueblos a tu luz, los reyes al resplandor de tu aurora.
Echa una mirada en torno, mira:
todos éstos se han reunido, vienen a ti;
tus hijos llegan de lejos, a tus hijas las traen en brazos.
Entonces lo verás, radiante de alegría;
tu corazón se asombrará, se ensanchará,
cuando vuelquen sobre ti el tráfico del mar
y te traigan las riquezas de los pueblos (60,1-5).

El monte de Jerusalén se convierte en congregación de todas las naciones. Se insiste en el mensaje de anuncio universal. Naciones de toda lengua acuden para ver la gloria del Señor:

Pero yo vendré para reunir a las naciones de toda lengua.
Vendrán para ver mi gloria,
les daré una señal,
y de entre ellos despacharé supervivientes a las naciones:
a Tarsis, Etiopía, Libia, Tubal y Grecia,
a las costas lejanas,
que nunca oyeron mi fama ni vieron mi gloria,
y anunciarán mi gloria a las naciones.
Y de todas las naciones, como ofrenda al Señor,
traerán a todos vuestros hermanos
a caballo y en carros y en literas, en mulos y dromedarios,
hasta mi monte santo de Jerusalén, dice el Señor (Is 66,18-20).

Isaías 40-66 contiene una admirable mensaje de esperanza. El amor de Dios libera de la infecundidad con la fecundidad. Jerusalén es ciudad madre y esposa, en donde todos los pueblos pueden encontrar a Dios como Padre recibiendo la heredad de los hijos⁵.

⁵ Cf. E. FRANCO, "Gerusalemme in Is. 40-66. Archetipo materno e simbolismo sponsale nel contesto dell' alleanza eterna", en: AA.VV., *Gerusalemme. Atti della XXVI settimana biblica* (Brescia 1982) 151.

He aquí los otros textos del Antiguo Testamento más señalados:

Miqueas 4,1-39. Puede ser que este pasaje de Miqueas sea adaptación e incorporación de Isaías 2. Jerusalén aparece como patria de las naciones que caminan imantadas por la Palabra del Señor que actúa en arbitraje pacífico.

Jerusalén se convierte en centro de una peregrinación internacional. Los extranjeros acuden a *aplacar* al Señor a causa de sus delitos, por haber oprimido y maltratado a los judíos. Es una versión menos poética de Is 2. Así lo recuerda Zacarías 8,20-22:

Así dice el Señor de los ejércitos: Todavía vendrán pueblos y vecinos de ciudades populosas; los de una ciudad irán a los de otra y les dirán: Vamos a aplacar al Señor. Yo voy contigo a visitar al Señor de los ejércitos.

Así vendrán pueblos numerosos y naciones poderosas a visitar al Señor de los ejércitos en Jerusalén y a aplacar al Señor.

Sobresale el salmo 86. Es un canto a Jerusalén que rompe cualquier clase de particularismo y reticencia sectaria:

Contaré a Egipto y a Babilonia entre mis fieles, filisteos, tirios y etíopes han nacido allí...y cantarán mientras danzan: Todas mis fuentes están en ti (87,4.7).

Es preciso leerlo en clave de arquetipos universales, procurando alcanzar, más allá de los nombres concretos, la realidad profunda que encarnan. Los proverbiales enemigos del pueblo, como son Egipto y Babilonia, se convierten en ciudadanos del nuevo reino. Igual acontece con los rivales históricos: filisteos, los comerciantes de Tiro y los residentes de Etiopía. Todos son ganados pacíficamente a la ciudadanía de Jerusalén; se rompe la multisecular enemistad y las remotas diferencias se acercan: Jerusalén es ciudad universal, que irradia su gloria por el orbe entero⁶.

El mensaje de tantos y escogidos textos es claramente, clamorosamente, de esperanza y de apertura universal. Jerusalén es meta de las naciones. Pero —hay que añadir en seguida— que todos estos reclamos, diseminados a lo largo del Antiguo Testamento, en especial en los libros proféticos, se habrían quedado a la postre, huecos de esperanza, vacíos de contenido, a no ser que un libro los hubiera recogido en una síntesis admirable.

⁶ Cf. R. COHN, "Jerusalem: the sense of center": *JAAR* 46 (1978) 1-26; E. BEAUCAMP, "Ps 87: à la Jérusalem nouvelle": *LTP* 35 (1979) 279-288.

II. LA NUEVA JERUSALÉN DEL APOCALIPSIS, CIUDAD ABIERTA A TODOS LOS PUEBLOS

Es preciso admitir la singular novedad que ofrece el libro del Apocalipsis. Con razón afirma U. Vanni: “Jerusalén, igualmente ciudad de Dios, de Cristo y de los hombres, donde la divinidad se hace humana y la humanidad se hace sorprendentemente divina, llevada al nivel de un amor vertiginoso, es realmente nuestra ciudad”⁷.

Nos concentramos pues, en esta dimensión que cobra especial interés para nosotros: la nueva Jerusalén, ciudad abierta a todos los pueblos. Para conseguir tal objetivo, hemos de fijarnos con detenimiento en algunos pasajes selectos dentro de la visión de la nueva Jerusalén (Ap 21,1-22,5).

1. *Dios instaura una salvación universal*

La voz autorizada, justamente la que emerge del trono, declara ante la aparición de la nueva Jerusalén:

He aquí la morada de Dios con los hombres y morará entre ellos.

Esta morada o tienda, que antaño Dios puso entre su pueblo elegido, ahora se planta “en medio de los hombres” (μέτα τῶν ἀνθρώπων). La declaración se torna más reveladora, cuando reparamos en la construcción lexicográfica utilizada en 21,3. El vocablo “hombres” (ἄνθρωποι), aquí empleado con plena conciencia, designa en Ap no a una porción o resto, sino a toda la humanidad. Esta equivalencia puede verificarse leyendo los siguientes pasajes del libro: 8,11; 9,6; 10,15.18.20; 13,13; 14,4; 16,8.9.21.

2. *La nueva Jerusalén, ciudad-faro de todas las naciones*

Y las naciones caminarán a su luz, y los reyes de la tierra traerán su gloria hasta ella; sus puertas no cerrarán, pues allí no habrá noche, y llevarán hasta ella la gloria y el honor de las naciones (Ap 21,24-26).

Estos versos hablan de la función centrífuga de la nueva Jerusalén, la que irradia luz por doquier⁸. También aluden a su función centrípeta: las naciones y los reyes de la tierra caminan atraídos por la “orientación” de su luz y le

⁷ U. VANNI, *L'Apocalisse. Ermeneutica, esegesi, teologia* (Bologna 1988) 390.

⁸ “La Iglesia posee una indeclinable fuente de iluminación, que irradia más allá de sus límites” (H. B. SWETE, *The Apocalypse of St. John*, 296).

llevan su gloria. Son, en fin, el cumplimiento de unas antiquísimas profecías y salmos, en torno a la gloria de la Jerusalén futura.

Los escritores bíblicos avizoraban en un lejano porvenir que Jerusalén se convertiría en la meta de todas las naciones (Is 60,3.5.11; Sal 17,34; 72,10.15)⁹. Mas esta confluencia quedaba ensombrecida por mor de unas condiciones históricas humillantes; pues su peregrinación no se realizaba en son de paz igualitaria, sino para rendir servilmente la contribución de vasallaje con respecto a Jerusalén.

El presente pasaje de Ap 21,24-26, es una remembranza del profeta Isaías: “Marcharán las naciones a tu luz, y los reyes al esplendor de tu alborada...vendrán a ti los tesoros del mar, las riquezas de las naciones..., un sinfín de camellos, jóvenes dromedarios de Madián y de Efá. Todos ellos vienen de Sabá, portadores de oro y de incienso. Todas las ovejas de Quedar se apiñarán junto a ti, los machos cabríos de Nebayot” (Is 60,3.5-7).

El Ap, conforme a su fiel costumbre de empleo del trasfondo veterotestamentario que lo sustenta, modifica la cita de Isaías. El lector será testigo, a lo largo de los siguientes párrafos en que ambos textos se cotejan, de los logros interpretativos con que el autor de Ap sabe matizar y enriquecer genialmente su mensaje teológico.

Omite la larga enumeración del profeta que se complacía en detallar las riquezas y tesoros traídos: vienen del Oeste los tesoros del mar en barcos fenicios; las riquezas del Oriente proceden del desierto de Arabia, una abigarrada multitud polícroma sube para hermohear la casa de Dios.

Ap reemplaza esta inmensa carga por un sobrio binomio: “la gloria y el honor” (τὴν δόξαν καὶ τὴν τιμὴν). Despoja a su fuente inspiradora de todo sabor demasiado folklórico, de alusiones a topografías muy determinadas, para hacer ver que se trata ahora de una peregrinación universal¹⁰. ¡Apréciese otra vez más, el discreto encanto de la escritura de Ap, respecto a sus modelos de inspiración —sean bíblicos o extrabíblicos—: cuánta contención y sobria elocuencia en sus elementales afirmaciones!

En este proceso valorativo resulta digno de atención otro contraste conscientemente descrito. La comparación tiene ahora como referente la situa-

⁹ Cf. V. ELLER, “How the Kings of the Earth Land in the New Jerusalem: The World on the Book of Revelation”: *Katallagete/be Reconciled* 5 (1975) 21-27.

¹⁰ H. Kraft reconoce que Ap 21, 24-26 es una repetición de la profecía de Is 60,1-11, pero carente de orden y claridad, está mucho mejor descrita en su modelo (*Die Offenbarung des Johannes* [Tübingen 1974] 273). Dicha observación, atribuida al autor del Ap, nos parece infundada e insuficiente.

ción en la ciudad de Babilonia. Las riquezas, que antes eran objeto de comercio, codicia y ambición desmesurada en la metrópolis de Babilonia y que la hicieron centro de poder inhumano (18,11-17), ahora se convierten en regalo y dádiva. Se transforman en vehículo eficaz de comunicación pacífica entre nación y nación; entre éstas y la ciudad de la nueva Jerusalén. Además, hay que notar la ausencia de todo inventario, salvo los lacónicos términos “gloria y honor”, a diferencia del recargado pasaje, que describe incluso con pormenorizado exceso rayano en el derroche, las mercancías y productos de Babilonia (Ap 18,11-13)¹¹. Esta ciudad se asienta sobre el comercio, pero desarrolla un tráfico sacrílego, capaz de matar hasta vidas humanas. En cambio, dentro de los límites de la nueva Jerusalén ya no existe la salvaje lucha de mercado, sino que se instauran relaciones de paz duradera y de armonía entre todos los pueblos¹².

Hay que decir que Ap utiliza las imágenes de Isaías, pero sometiéndolas a una muy alta depuración. A fin de conocer con precisión el significado de las expresiones, “las naciones” y “los reyes de la tierra”, es menester realizar un completo recorrido por el conjunto del libro, ya que no resulta unívoca su interpretación. Ha llegado a decirse que el autor de Ap utiliza expresiones, tales como “naciones” o “reyes de la tierra”, que, al ser un calco literal del profeta Isaías, no resultan apropiadas para describir la nueva situación que se instaura¹³.

En nuestro texto se realiza lo que habían visto anticipadamente los profetas en lo tocante al atractivo que ejerce Jerusalén sobre las naciones (Is 2,2-4; 60,3; Ag 2,6-9). Pero hay que decir, matizando, que éstas abandonan ya el orgullo étnico; dejan de ser rivales para convertirse en hijas/hermanas de la ciudad de Dios, madre de todas las naciones. Reina ya una paz universal.

Se insiste, por tanto, en una de las notas más características de la nueva Jerusalén: ciudad de puertas francas, abierta a todo el mundo. Las naciones paganas (τὰ ἔθνη) —no importa ya ni la raza ni el origen— van en dirección de la luz de la nueva Jerusalén. Los reyes de la tierra, cetro y centros de poder asfixiante, quienes eran antaño aliados de la Bestia y enemigos del Cordero, deponen su actitud de amenaza; y traen su “gloria” (δόξαν), cuanto tienen de máspreciado, su “honor” (τιμήν), y reconocen el señorío de Dios y

¹¹ Cf. J. SCHNEIDER, τιμή, en: *TWNT*, VIII, 179.

¹² Véase una detallada contraposición entre Babilonia y la nueva Jerusalén. Cf. CONTRERAS, *La nueva Jerusalén, esperanza de la Iglesia*, 242-245.

¹³ Así lo hace T. F. GLASSON, *The Revelation of John* (Cambridge 1965) 120. Tal vez desconoce este exegeta la evolución semántica que Ap realiza dentro de su libro.

de Cristo. Un ambiente ya logrado de paz cósmica reina en la nueva Jerusalén.

Se describe, pues, una peregrinación universal, la enorme caravana del mundo que camina rumbo a la nueva Jerusalén. Se realiza la aspiración, presente en tantos testimonios de la literatura apocalíptica: Tb 13,10; 14,5; 1 Hen 90,28-33; OrSib 702-731. Esta recibe a las naciones con las puertas abiertas, en una afluencia de gloria y de júbilo incesante. Una nota discordante parece ensombrecer esta atmósfera desbordante: ¿Pondrá la noche irremediable pausa a tanto desfile y algarabía?

Solía ser habitual que el desenvolvimiento de la vida dentro de una ciudad antigua, en sus aspectos sociales, comerciales..., se viese interrumpido o disminuido ante la llegada de la noche, que todo lo oscurece, o al cerrarse las puertas con el exterior. No ocurre así en la nueva Jerusalén, donde hay de continuo vida exuberante¹⁴. Se cumple la profecía de Is 60,11: "Abiertas estarán tus puertas de continuo; ni de día ni de noche se cerrarán, para dejar entrar a ti las riquezas de las naciones, traídas por sus reyes".

Esta noche no es tenebrosa, al contrario resulta brillante y espléndida; tiene profundas reminiscencias con la noche pascual. Es evocación y tipo de la noche de la venida del Mesías, que traerá la salvación escatológica. Algunos escritos judíos han enaltecido sus maravillas: la noche será rutilante, la luna brillará como el sol y éste será siete veces más luminoso: "como la luz que Dios había creado al comienzo y reservado en el paraíso"¹⁵. El origen más antiguo de esta creencia se encuentra en una *Barayta* de GnR 1,3, acerca de la luz primigenia de Gn 1,3, oculta en el paraíso hasta el momento en que aparezca con la presencia del Mesías¹⁶. La noche, como se verá, se asocia a la venida última del Mesías.

Finalmente se oye una severa advertencia, dirigida a todos los lectores: "Y no entrará en ella nada profano, ni el que comete abominación y mentira, sino sólo los inscritos en el libro de la vida del Cordero" (21,27).

La esperanza en la nueva Jerusalén se muestra activa, desencadena una nueva conducta, antípoda de la llevada por los ciudadanos de Babilonia, que practicaban la abominación y la mentira. Todas las naciones pueden entrar en la nueva Jerusalén, a excepción de las que, de manera recalcitrante, se empeñan en excluirse al mancharse por la idolatría.

¹⁴ Cf. BARTINA, *Apocalipsis de San Juan*, 842.

¹⁵ Cf. ExR 12,2. Véase Str.B IV, 960-962.

¹⁶ Cf. R. LE DÉAUT, *La Nuit Pascale* (Rome 1963) 235-236.

CONCLUSIÓN.

LA NUEVA JERUSALÉN Y LA UNIVERSALIDAD DE LA SALVACIÓN

La nueva Jerusalén es la meta de un largo camino, de un éxodo, que conoce todo tipo de vicisitudes, de días de luz y de noches de sombra. Está labrada por estos acontecimientos que la configuran. Glosamos las palabras, como solían hacer los profetas. Una figura o iniciativa de Dios que elige a una pobre y olvidada ciudadela y la convierte en su ciudad santa. Una desfiguración o la respuesta humana, colmada de ingratitud al misterio de la predilección con otro misterio de iniquidad; y por fin, una transfiguración o el amor de Dios que triunfa sobre toda miseria humana con un exceso de misericordia. Es una síntesis de la historia de la salvación.

1. *Desde una bendición a otra bendición*

El mismo Dios que, en el diálogo litúrgico inicial del libro, bendice a la comunidad cristiana del Ap, “los que escuchan las palabras de esta profecía” (Ap 1,3), es quien otorga el don de la nueva Jerusalén. Incluso el lenguaje de Ap se torna de una precisión elocuente para marcar este lazo unitivo. *De parte de Dios* (ἀπὸ τοῦ θεοῦ) viene la bendición (Ap 1,4) y proviene también la nueva Jerusalén (Ap 21,10).

Para mejor entender, pues, esta profunda relación —de la manera más gráfica posible—, hay que poner en sintonía nuestro texto con la primera bendición trinitaria de Ap (1,4-5), iniciada por la triple presencia de la preposición *de parte de* (ἀπὸ). Esta preposición enmarca un bloque literario y colorea las frases que le siguen, de tal forma que constituyen sintácticamente un conjunto autónomo como si de una verdadera trilogía se tratase:

Gracia y paz a vosotros

de parte (ἀπὸ) *del que es, el que era y ha de venir,*

de parte (ἀπὸ) *de los siete espíritus que hay frente a su Trono,*

y **de parte** (ἀπὸ) *de Jesucristo,*

el testigo fiel,

el primogénito de los muertos,

el jefe de los reyes de la tierra.

Al comienzo del libro de Ap Dios-Trinidad (Padre-Espíritu Santo-Cristo), presente en la más encumbrada trascendencia, bendice a su Iglesia con la gracia y la paz.

La última visión profética de Juan (Ap 21,2) se describe así:

Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo,
de parte (ἀπὸ) *de Dios.*

Al final del libro aparece ya realizado el gran don de la gracia y de la paz, magníficamente resuelto en el descenso, *de parte* (ἀπὸ) del mismo Dios de la nueva Jerusalén, como si de un envío divino se tratase. Y así el libro entero del Ap se abre con la promesa de una bendición y se cierra con la misma bendición ya cumplida. La nueva Jerusalén es la concentración de todas las bendiciones que Dios ha ido impartiendo a la largo de la historia. Es el broche final, la condensación perfecta.

Ap persiste insistiendo de manera martilleante en la universalidad de la salvación. No se cansa de repetirlo, no abdica de esta porfía, y lo acentúa especialmente en la visión de la nueva Jerusalén. Es una ciudad abierta a todas las naciones; constituye no sólo la plenitud de la Iglesia, sino la esperanza de la íntegra humanidad.

Además, aun a conciencia de estar resquebrajando el uso habitual del lenguaje bíblico, sancionado por los escritos del Antiguo Testamento, respecto a las formulaciones de la alianza, Ap hacer hincapié en que el referente no alude a un solo pueblo, sino a los pueblos.

Utiliza un lenguaje desconcertante: “Y ellos serán sus pueblos, y él mismo, Dios con ellos, será su Dios” (Ap 21,3b). Ya estudiamos la complejidad de este retorcido hemistiquio y pudimos extraer las enormes consecuencias de su contenido salvífico. Ap no emplea, en la nueva designación de la alianza, el plural “naciones” (ἔθνη), que aparece con frecuencia en el libro (2,26; 11,18; 12,5; 14,8; 15,3-4; 18,3.23; 19,15; 20,3), sino el término técnico que la Biblia adopta para señalar el pueblo elegido “pueblo” (λαός; cf. Ez 37,27). Además, imperioso resulta consignarlo, yendo en contra del empleo sacro de la alianza, lo declina en plural: no es ya un “pueblo” (λαός), sino los “pueblos” (λαοὶ). Así, de manera hartamente escandalosa, Ap sigue rompiendo toda la inercia del tiempo y del uso de la formulación bíblica.

El mensaje del libro quiere ser diáfano: la alianza de Dios, que antaño se reservaba para un solo pueblo, se extiende ya a todos pueblos, abrazándolos en el misterio universal de su elección divina. Ahora todas las naciones de la tierra participan en los privilegios del antiguo pueblo; quedan convertidas en el genuino pueblo/s de Dios¹⁷.

En la nueva Jerusalén converge el “verdadero Israel”. Están inscritos los nombres de las doce tribus (21,12) y, asimismo, los nombres de los doce apóstoles del Cordero (21,14). También se ha visto cómo en la descripción de la ciudad, abunda la mención de la cifra doce y los múltiplos aritméticos del número doce: la nueva Jerusalén tiene doce puertas (Ap 21,12-13); sus

¹⁷ Cf. R. BAUCKHAM, *The Theology of the Book of Revelation* (Cambridge 1993)137.

cimientos están hechos de doce piedras preciosas (Ap 21,19-21); su muralla mide ciento cuarenta y cuatro codos (Ap 21,17). Esta frecuencia cuantitativa resulta elocuente desde su simbolismo apocalíptico. Pretende evidenciar que el designio de la salvación, hecho posible por la existencia del pueblo de Israel y la Iglesia, plenamente culmina en la nueva Jerusalén.

Esta posee una larga historia, saturada con la mejor aportación del Antiguo y del Nuevo Testamento, que aquí se realiza. A saber, sus cimientos son muy hondos; no es una ciudad edificada de manera improvisada sobre una tierra de nadie; su origen se remonta a muy lejos, viene desde el inicio de la historia de la salvación, que ha ido madurando hasta hacer realidad el proyecto de construcción de Dios sobre este mundo.

Pero —aquí reside otra novedad radical, expresada en Ap 21,24-26— no es la nueva Jerusalén una ciudad cerrada dentro de sus murallas sino abierta por los flancos de sus doce puertas. Y estas puertas —señala el texto— no cerrarán, pues allí no habrá noche (Ap 21,26; expresión que aparece en el contexto referido a las naciones). Todas las naciones suben a ella y forman parte de sus habitantes legítimos; llevan “la gloria y el honor” (δόξαν καὶ τιμὴν: 21,26). El privilegio de ser ciudadanos de derecho (πολίτευμα) en la nueva Jerusalén, es compartido por todos los pueblos.

El proverbial árbol de la vida, exclusividad reservada para un solo pueblo elegido (Ez 47,9), es ahora —de nuevo una corrección que Ap opera en sus modelos configuradores— otorgado a las naciones (22,2). Quiere mostrar que la salvación —“la curación” dice Ap— llega a todas las naciones. Se cumple la culminación de un proceso, que el libro ha ido paulatinamente señalando al referirse a la conversión de las naciones: 11,13; 14,14-16; 15,4.

La gloria de la nueva Jerusalén es verdaderamente universal, y las naciones en ella encuentran la meta de su peregrinación¹⁸. La ciudad de la nueva Jerusalén es inmensa, porque debe acoger una incontable muchedumbre.

2. *Una esperanza comprometida*

Los hijos de Abrahán, los pueblos creyentes en Dios, aguardamos el don de la nueva Jerusalén con una esperanza activa.

No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte, había dicho el Señor (Mt 5,14). No podemos olvidarnos de nuestra ciudad, que es nuestra patria. Por eso entonamos el salmo de las cítaras, el canto de la

¹⁸ Cf. interesantes reflexiones en W. THÜSING, *Studien zur neutestamentlichen Theologie* (Tübingen 1995) 163-168.

resistencia, como el pueblo judío en Babilonia, o del consuelo porque estamos sin suelo y sin tierra. ¡Ay de mí, ay de nosotros, cristianos, judíos, musulmanes, si nos olvidamos de la nueva Jerusalén, la meta de nuestro destino, la esperanza que nos empuja, la cumbre de nuestras alegrías y de nuestras vidas, nuestro lugar de concordia y de convivencia en paz entre todos los pueblos de la tierra!

Pero no la contemplamos con los ojos distraídos ni con los brazos cruzados de la inacción. Recordamos algunos testimonios sobre nuestra esperanza. Unas palabras del Concilio Vaticano II: “La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede ya de alguna manera anticipar un vislumbre del mundo nuevo” (*Gaudium et spes* 39).

Y recordamos unas sabias palabras de Juan Luis Ruiz de la Peña, extraídas de su última obra, *La pascua de la creación* (p. 142). Suenan casi como un testamento:

¿Somos conscientes los cristianos del compromiso que contraemos con nuestro mundo cuando pronunciamos esta palabra, cuando repetimos que el Señor vendrá con gloria? Esperar la parusía es acelerarla, hacerla sobrevenir. ¿Por qué? Porque esperar en cristiano es operar. Quien confiesa su fe en la parusía está manifestando su esperanza en un mundo y una humanidad donde la justicia, la libertad y la vida no son promesas vacías ni verdades a medias, sino gloriosa realidad que va a ser realizada y por ende es ya realizable; que siendo hacedera, hay que ir haciendo.

La visión fulgurante de la nueva Jerusalén debe conjurar los peligros que nos han herido y que aún nos acechan: la resignación y el odio. La resignación o pesadumbre fatal del quien piensa que ya nada se puede hacer para vivir en comunión los pueblos; y el odio o la violencia cainita, con que los pueblos, hijos de Abrahán, nos hemos zaherido, golpeado y masacrado.

Hacemos memoria de unas palabras selectas del papa Juan Pablo II:

La Ciudad Santa encierra, pues, una profunda invitación a la paz, dirigida a toda la humanidad, y en particular a los adoradores del Dios único y grande, Padre misericordioso de los pueblos. Pero, por desgracia, hay que reconocer que Jerusalén está siendo motivo de persistente rivalidad, de violencia y de reivindicaciones exclusivistas.

Esta situación y estas consideraciones traen espontáneamente a los labios las palabras del Profeta: “Por amor de Sión yo no me callaré, y por Jerusalén no pararé hasta que resplandezca su justicia como luz esplendente, y su salvación como antorcha encendida” (Is 62,1).

Pienso y suspiro por el día en que todos seamos realmente tan 'enseñados por Dios' (Jn 6,45), que escuchemos su mensaje de reconciliación y de paz. Pienso en el día en que judíos, cristianos y musulmanes puedan intercambiarse en Jerusalén el saludo de paz que Jesús dirigió a los discípulos, después de su resurrección: "La paz sea con vosotros" (Jn 20,19).

Que esta paz, anunciada por Jesucristo en nombre del Padre que está en los cielos, convierta así a Jerusalén en signo viviente del gran ideal de unidad, de fraternidad y convergencia entre los pueblos, según las palabras luminosas del libro de Isaías: "Vendrán muchedumbres de pueblos diciendo: / Venid y subamos al monte de Yahvé, / a la casa del Dios de Jacob, / y Él nos enseñará sus caminos e iremos por sus sendas" (Is 2,3)¹⁹.

Acabamos, tal como iniciamos: desde una bendición a otra bendición. La historia de la salvación empezó con una bendición. Dios bendijo a nuestro padre Abrahán, el padre de los pueblos: "Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti serán benditos todos los linajes — razas, pueblos, eso significa la palabra hebrea *mišp^ehôt*— de la tierra" (Gn 12,3).

La historia de la salvación llega a su plenitud con una bendición cumplida. En la nueva Jerusalén son benditos todos los pueblos de la tierra, porque en ella se reúnen para vivir en paz.

Tal como alentaba el autor de la carta a los Hebreos, *vamos a levantar las manos caídas y las rodillas vacilantes* (Hb 11,12) y redoblar el ritmo de nuestra marcha. Esperamos una patria (o *matría*, como gustaba decir a Unamuno) y una ciudad permanente. Jerusalén despierta la búsqueda de paz entre todos los pueblos, irradia vocación de comunión y de universalidad.

Resumen.- Este artículo estudia la dimensión de universalidad de Jerusalén. La ciudad supera sus límites geográficos, y se convierte en símbolo teológico. Representa un misterio de elección de Dios, también un misterio de iniquidad; y sobre todo la apertura a todos los pueblos. Se estudian los textos más selectos de todo el Antiguo Testamento y de la literatura judía. Especialmente, con la luz del Apocalipsis, se muestra que Jerusalén se trasciende a sí misma; es la meta segura a donde peregrina la humanidad. Es ciudad abierta de par en par, bendición de Dios y lugar de reunión en paz para judíos, cristianos y musulmanes. En nuestra humana tierra ya construimos sus murallas.

¹⁹ JUAN PABLO II, *Redemptionis anno, sobre la ciudad de Jerusalén* (Roma 1984), en AAS 76 (1984) 625- 629.

Summary.- *This article studies the dimension of the universality of Jerusalem. The city goes further its geographical limits and becomes a theological symbol. It represents a mystery of God's election, a mystery of iniquity too, but overall it is the openness to every nation. It studies the most selected texts in all Old Testament and Jewish literature. The Apocalypse shows that Jerusalem is the achievement where the humanity pilgrims to; a wide open city, a bless of God and a meeting place in peace for Jewish, Christian and Muslim people. In our land we build its walls.*